

El valor de la ciencia en tiempos de pandemia (I)

MSc. Manuel Rivera
Director

En otros artículos nos hemos referido al valor y la trascendencia de la Ciencia, en general, y de las Ciencias Sociales, en particular. Ahora la coyuntura que vivimos en torno a, o como consecuencia de la crisis sanitaria y de las crisis económicas, sociales y políticas que se deducen de aquella, nos coloca en un punto en el cual podemos o no calificar y cualificar la cuantía de la ciencia como la forma superior de aprehensión y explicación objetiva de la realidad.

Esperamos -y con muchas ansias y preocupación- que la ciencia, o mejor dicho los científicos, apuren la invención o descubrimiento de la “pócima” (no mágica, por supuesto) transformada o etiquetada como vacuna o antídoto a lo que el coronavirus ha desatado. No hay discusión al respecto, salvo cuando se trata de impugnar todas las fórmulas que salen o nacen de la imaginación de algunos políticos que, en el apuro de convertirse en los salvadores del mundo, o de su país por lo menos, han considerado que otras vacunas u otros productos que han dado resultados positivos en otras contingencias, sean utilizados como brebajes milagrosos que permitirán que todo vuelva a la normalidad.

Pero, la realidad es otra; a pesar del desarrollo de las ciencias químicas, farmacéutica y médicas en general, el tiempo es un factor determinante en la búsqueda de los fármacos que permitirán pelear, en principio, y luego prevenir, los contagios y las consecuencias recurrentes de los mismo. Somos muchos los que tenemos la certeza que la solución llegará y con ella la negación de las apocalípticas conjeturas que rebasan los dogmas de toda índole y confesión.

Ahora bien, ¿qué sucede con las ciencias sociales? ¿qué pito tocan en la zarabanda? Para los eternamente pesimistas e incrédulos, negadores del valor y el sentido de las disciplinas sociales... nada. Para los medianamente pesimistas, o medianamente optimistas... algo dirán los científicos sociales (los economistas, desde luego). Para quienes creemos en las ciencias sociales, nos reconfortaremos sabiendo que mucho del trabajo realizado por dichas ciencias, no ha sido en vano. ¿Por qué?

Es muy sencillo. Los científicos sociales o aquellos que se han formado profesionalmente y que ven y van más allá de la licencia universitaria que los compele a ejercer en el campo en el que fueron educados o se especializaron, saben que muchos de los efectos y consecuencias provocadas por la pandemia, sobre todo en países como el nuestro, son, simple y sencillamente futo de décadas de desgobiernos, de corrupción gubernamental, de saqueo, de exclusión, de inequidad, de incapacidad administrativa, pero, fundamentalmente, de carencias de estrategias de Estado que nunca visualizaron el cambio, el futuro y, consecuentemente, la necesidad de adelantarse a su propia época, negándole a nuevas generaciones un espacio de convivencia atado a sus necesidades, anhelos y expectativas.

La estructura económica, social, política, cultural de Guatemala, ha sido estudiada desde varias disciplinas, ideologías y escuelas o comunidades de pensamiento, y el resultado ha sido el mismo (aunque algunos se nieguen a aceptarlo, justificando los efectos y no las causas): el país de la eterna primavera es un país en el que la injusta distribución de la riqueza y la corrupción que cabalga con ella, han sido los detonantes principales de la pobreza y extrema pobreza de su población.